

# Epistemología y Cultura: retos de la “sociedad del conocimiento”.

*Epistemology and Culture:  
challenges of the  
"knowledge society".*

YELENNE DÍAZ LAZO <sup>1</sup>

---

Doctora en Filosofía

Profesora Titular

Departamento de Filosofía y Teoría Política  
(CNM)

Facultad de Filosofía, Historia y Sociología.

Universidad de la Habana.

Correo electrónico: [ydz@ffh.uh.cu](mailto:ydz@ffh.uh.cu)

*<sup>1</sup> Colaboraron en la realización de este artículo los estudiantes Alex Gallardo Batista, alumno ayudante de la asignatura de Gnoseología, Isabela F. Pang González, alumna Ayudante de la asignatura de Antropología, Daniela García Blanco, Alumna ayudante de la asignatura de Filosofía Clásica Alemana, Patricia Friginal Bermudez, Samantha Sierra Martínez y Daniel Suárez Placeres. Todos con resultados excelentes en el desempeño de su curso.*

## RESUMEN:

Los desafíos comprensivos del mundo actual tienden cada vez más a maximizar el papel de los conocimientos. En este sentido es potenciado el desarrollo y preparación profesional sobre la base de conocimientos especializados que sustenten el desarrollo económico, científico y tecnológico. éstas son características propias de las llamadas “sociedad del conocimiento”. El objetivo de este trabajo es advertir sobre algunos retos que deberá enfrentar esta “sociedad”. El hecho de potenciar la validez de un determinado tipo de conocimiento en función del desarrollo económico y de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación acarreará consecuencias lamentables como la desigualdad, el individualismo, una separación radical entre los conocimientos que se producen y las necesidades espirituales, culturales y de existencia de la humanidad.

## PALABRAS CLAVE:

conocimiento, sociedad del conocimiento, epistemología, cultura, humano.

## ABSTRACT:

The comprehensive challenges of today's world tend more and more to maximize the role of knowledge. In this sense, professional development and preparation is promoted on the basis of specialized knowledge that supports economic, scientific and technological development. These are characteristics of the so-called "knowledge society". The objective of this work is to warn about some challenges that this "society" will have to face. The fact of promoting the validity of a certain type of knowledge based on economic development and the new information and communication technologies will bring unfortunate consequences such as inequality, individualism, a radical separation between the knowledge that is produced and the needs spiritual, cultural and existence of humanity..

## KEY WORDS:

knowledge, knowledge society, epistemology, culture, human.

# INTRODUCCIÓN:

El término “sociedad del conocimiento” es muy atractivo en el contexto actual. Es utilizado de múltiples maneras para describir la dinámica de las sociedades hoy donde el conocimiento a partir del desarrollo científico tecnológico contemporáneo gana centralidad y se convierte en un aspecto indispensable para su desarrollo. Sin embargo, este no es un término que solo forma parte de una manera de decir, sino que es un término teórico que ha contado en su contenido con la contribución de algunos pensadores que desde las últimas cuatro décadas del siglo XX dilucidaron su expresión a partir de la modelación del tipo de sociedad que comenzaba a configurarse, en esos momentos, y de las múltiples problemáticas sociales y culturales emergentes.

El análisis entorno al conocimiento, sus posibilidades, fundamentos y límites ha sido objeto de estudio de la filosofía desde su propio nacimiento. Desde la Grecia antigua hasta nuestros días, los filósofos han hecho notables contribuciones a la gnoseología y a la epistemología. El estudio de la “sociedad del conocimiento” ha inquietado a varios autores actualmente, un conjunto de escritos críticos ha surgido haciendo alusión a los riesgos y a la no tan feliz y esperanzadora “sociedad” a la que se apunta debido a los fenómenos que han devenido en su desarrollo y los desafíos a que apunta. Estos aspectos reflexivos sobre la gnosis y los cuestionamientos a la llamada “sociedad del conocimiento” les han sugerido a los autores de este estudio, un análisis sobre la concepción epistemológica a la que se adscribe este modelo de “sociedad”.

En ese sentido es posible identificar aspectos muy relacionados con las concepciones epistemológicas reduccionistas, objetivistas y profundamente científicistas que marcaron el despunte del desarrollo científico del siglo XX. Lo que experimentamos hoy en el escenario de desarrollo más avanzado de esta época es la prolongación del afianzamiento del ideal clásico de racionalidad con nuevos ropajes. La potenciación del conocimiento racional del mundo y la marginación de otros saberes empíricos, tradicionales y culturales con profundo valor humano que configuran la vida.

No se trata aquí de dejar de reconocer el indudable valor de la ciencia y las tecnologías contemporáneas; se trata de adoptar una concepción amplia de los conocimientos de manera que estos se conviertan en una apuesta por la vida, sin dejar de ser un conocimiento científico, tecnológico, ingenieril; y que deleve lo humano. Se trata, además, de que en el proceso de formación de expertos se conciba la creación de capacidades para dialogar con expertos de otras áreas, para intercambiar, para comunicar a otros expertos, pero también al público en sentido general. Entonces el experto tendrá que asumir la responsabilidad de los productos que elabora en su condición de ciudadano y enfrentará los disimiles problemas éticos que afloran en su campo de estudios.

A partir de este núcleo reflexivo se abordarán, en primer lugar, algunas ideas generales acerca de qué entender por “sociedad del conocimiento” a partir del examen de las concepciones de algunos pensadores que han aportado al tema. Se expondrán características generales de la concepción tradicional de los conocimientos y la manera, en que esta fue reducida, como concepción de los conocimientos, por las escuelas de la filosofía de la ciencia de la primera mitad del siglo XX. Se finaliza asociando esta reducción a los retos que deberán enfrentar hoy las “sociedades del conocimiento” y se enuncian algunos aportes que se considera pueda arrojar la Filosofía en función de una concepción epistemológica que contenga un enfoque cultural en cuanto sea expresión de la complejidad humana y social que la constituye.

## **La sociedad del conocimiento: ideas para su comprensión.**

Un acercamiento comprensivo a lo que debemos entender por “sociedad del conocimiento” requerirá aunar varias miradas y perspectivas de interpretación de este fenómeno. Es importante señalar que aun cuando los rasgos de esta sociedad no se expresan en todos los países de igual manera, en algunos de menos desarrollo, como los países latinoamericanos, no es posible hablar aun de la consolidación de este tipo de sociedad, atendiendo a los problemas de índole social y económico que estas sociedades enfrentan. Sin embargo, por los niveles de globalización y mundialización que ya van adquiriendo algunos desarrollos de carácter tecnológico e informatizacional, que es importante advertir su advenimiento.

Comprender las características fundamentales con las que se expresa y los posibles problemas que plantea a nuestros contextos sociales, ya sea para asimilarlos o para ajustarlos a nuestras realidades, es un ejercicio necesario. En ese sentido son varios los pensadores que se han interesado en describir y señalar las características de esta “sociedad” que en su emergencia extiende sus mecanismos de desarrollo por doquier.

Podemos comenzar diciendo que, en la “sociedad del conocimiento”, el conocimiento, en cualquier campo, otorga poder a quienes lo poseen, y proporciona capacidad de acción y decisión” (Pedraja, Rodríguez y Rodríguez, 2006, pp.571). Es concebida como aquella sociedad donde las interrelaciones que vinculan a los individuos se sustentan a través del acceso y procesamiento de información con el propósito de generar conocimientos, primordialmente, a través de las tecnologías de la información y la comunicación (TICS) (Avalos,2013, pp.5).

Peter Drucker (1969) pionero en las reflexiones sobre la “sociedad del conocimiento” diagnosticó la aparición de una “sociedad del conocimiento” (knowledge society) en la que lo más importante es “aprender a aprender”. Algunos autores precisan que desde 1959 Drucker introduce la idea de “revolución educativa” como forma de ilustrar los cambios operados en las sociedades de la época y señalar el que a su juicio era el factor clave para el desarrollo, la revolución educativa, que para Drucker consiste en la inversión de la tradicional posición del trabajo intelectual en el binomio trabajo productivo - trabajo improductivo. De esta forma el trabajo manual se volvería improductivo en comparación con el trabajo conceptual. (Marrero, 2007, pp.65)

Daniel Bell arroja luz a esta descripción cuando avizora el advenimiento de la sociedad pos-industrial y plantea que esta sociedad “implica el brote de nuevas estructuras y principios axiales: el paso de una sociedad productora de bienes a una sociedad de información o de conocimiento” (Bell,2011, pp. 105) A diferencia de la sociedad industrial, en donde la riqueza se basaba en las materias primas y la producción, en la sociedad del conocimiento, la riqueza se genera a partir de lo que se sabe y puede aplicarse. Por consiguiente, se produce un cambio “en los modelos del conocimiento, un cambio del eje de abstracción desde el empirismo (...) a la teoría y a la codificación del conocimiento teórico para dirigir la innovación y la formulación de programas políticos”. (Bell, 2011, pp.106)

La década del 60 fue denominada por Manuel Castells “sociedad-red”. Según Castells había surgido una nueva era: la era de la información, en la cual ha tenido gran auge el “sector servicios”, que incluye actividades como el transporte, la comunicación, las redes de distribución comercial, el almacenamiento, las finanzas y créditos, asesorías, publicidad, diseño de software, informática y telemática, medios masivos de comunicación, industrias del entretenimiento, turismo, e incluso, venta informal” (Forero de Morero 2009, pp.42).

La noción de sociedad postcapitalista (Drucker), la de sociedad posindustrial (Bell) y la de sociedad - red (Castell) contribuyen al esclarecimiento epistémico de este escenario: “Aunque el conocimiento siempre ha sido importante, sobre todo en las sociedades industriales, lo que caracteriza a las sociedades post-industriales es “el cambio en el carácter del conocimiento mismo definido por el carácter central del conocimiento teórico –la primacía del teoría sobre el empirismo y la codificación del conocimiento en sistemas abstractos de símbolos” (Bell, 1973,pp.34).

El conocimiento teórico se convierte “en algo crucial” debido a las lógicas de desarrollo de las sociedades actuales, sobre todo las más desarrolladas, donde la planificación, la innovación, el uso y aplicación de las tecnologías son aspectos fundamentales para su funcionamiento. De ahí que “aprender”, como lo enunció Druker, se convierta en una pretensión de la “sociedad del conocimiento” donde la educación tendrá un papel preponderante. Según Tedesco la educación en este sentido deberá contribuir a generar capacidades más amplias como:

“(…) dominio de la lengua, la comprensión de los fundamentos de las ciencias y de las nuevas tecnologías, el pensamiento crítico, la capacidad de analizar un problema, de distinguir hechos y consecuencias, la capacidad de adaptarse a situaciones nuevas, la capacidad de comunicarse y de comprender al menos una lengua extranjera, la capacidad de trabajar en equipo, el gusto por el riesgo, el sentido de la responsabilidad y la disciplina personal, el sentido de la decisión y el compromiso, la iniciativa, la curiosidad, la creatividad, el espíritu de profesionalidad, la búsqueda de la excelencia, el sentido de la competencia, el sentido del servicio a la comunidad y el civismo” (Tedesco, 199, p. 62).

El ser humano ocupa un lugar central en la “sociedad del conocimiento” en el sentido apropiativo y de producción de los conocimientos. Aprender y recibir una adecuada educación es fundamental para el desarrollo de esta “sociedad”. Aprendizaje y educación adquirirán nuevas dimensiones en estas condiciones porque, la “sociedad del conocimiento ha efectuado una radical transformación en la idea de saber” (Innerarity, 2009, pp.39). Este tipo particular de conocimientos con un marcado fin práctico y utilitario, demanda entonces competencias y capacidades, aspectos que la educación deberá proveer. Es el paso a una educación centrada en las teorías, las lógicas, metodologías y modelos comprensivos de algún aspecto de la realidad, y, por consiguiente, en la creación de capacidades mentales de aprendizaje.

Según describe Bell ese conocimiento forma parte de las altas inversiones sociales e indiscutiblemente tiene su precio en:

“el tiempo empleado en escribir e investigar; en la compensación monetaria por los medios de comunicación y de educación. Se sujeta a los dictámenes del mercado, a las decisiones administrativas o políticas de los superiores o de sus colegas en cuanto al valor de los resultados, y también en cuanto a sus peticiones de recursos sociales (...) el conocimiento; es una exposición coherente, presentada en un libro, en un artículo, e incluso en un programa de computadoras, escrito o grabado de alguna forma con vistas a la transmisión y sujeto a un cálculo previo” (Bell, 1976, pp. 207 y 208).

Esto permite concebir al conocimiento como una mercancía con valor en sí mismo. Las sociedades del conocimiento contienen un fuerte anclaje en los diversos procesos económicos que tienen lugar, la economía del conocimiento es uno de los aspectos que caracteriza su desarrollo. “La economía del conocimiento crece dentro de la sociedad del conocimiento dependiendo de la proliferación del conocimiento intensivo de las comunidades” (Pedraja, Rodríguez, Rodríguez,2006, pp.571). Las tecnologías de la información y la comunicación facilitan una rápida globalización de la actividad económica. La mundialización de redes de comunicación instantánea (teléfono móvil, fax, Internet) dinamiza el mercado mundial y es dinamizada por él. (Morin,2003, pp.1). La creación efectiva, uso y difusión del conocimiento es la clave del éxito de las organizaciones y del desarrollo económico

y social sustentable. (Pedraja, Rodríguez, Rodríguez, 2006, p.571)

El conocimiento es, por tanto, fundamentalmente una capacidad cognoscitiva, es una forma de actividad humana, creativa y compleja. La información, en cambio, es un conjunto de datos, estructurados y formateados, pero inertes e inactivos, hasta que no sean utilizados por los que tienen el conocimiento suficiente para interpretarlos y manipularlos. En “la sociedad del conocimiento” la fuente de la ventaja competitiva reside en la capacidad para adquirir, transmitir, y aplicar el conocimiento (David y Foray, 2002, p.6).

La asimilación reducida de la concepción tradicional del conocimiento.

La concepción del conocimiento a la que se hace referencia en esta sección es a la teoría tradicional del conocimiento de raíz filosófica. Dicha concepción recibió posterior a su afianzamiento en el mundo moderno, la crítica de las teorías llamadas “clásicas” de la filosofía de la ciencia. Con la pretensión de potenciar el desarrollo de un tipo de aprendizaje, y, por ende, de un tipo particular de conocimiento, redujeron aquella concepción, general en sus fundamentos, a un conjunto de aspectos metodológicos y teóricos que fueron asumidos como modelo y arquetipo de un tipo determinado de conocimiento; el científico, teórico y racional. De esta manera identificaron conocimiento con racionalidad, ciencia con conocimiento y la teoría del conocimiento fue asumida por ellos como una epistemología de la ciencia, desechando todas aquellas ideas que no contribuyeran a la construcción de la estructura teórica y metodológica de la ciencia.

En 1970 el destacado filósofo de la ciencia Karl Popper escribió un libro significativo en el escenario de las arduas polémicas epistemológicas de su tiempo titulado *Conocimiento Objetivo*. En ese libro el autor propuso algunas tesis epistemológicas que ponderaban cierta radicalidad al reducir el estudio de este campo a su contenido teórico y concebirlo vaciado de toda subjetividad. Como primera tesis enunció:

“La epistemología tradicional ha estudiado el conocimiento o el pensamiento en un sentido subjetivo – en el sentido de la utilización ordinaria de la palabra “sé” o “pienso”. Sostengo que esto ha descarriado a los estudiosos de la epistemología: aunque su intención era estudiar el conocimiento científico estudiaron cosas irrelevantes para el conocimiento científico (...) mientras que el conocimiento en el sentido de “sé” pertenece a lo que denomino “segundo mundo”, el mundo de los sujetos, el conocimiento científico pertenece al tercer mundo, al mundo de las teorías objetivas, de los problemas objetivos y de los argumentos objetivos” (Popper, 1972, p.108).

Popper acentuaba una concepción sobre el conocimiento que ya había sido establecida por sus colegas del positivismo lógico: “El conocimiento en este sentido es totalmente independiente de las pretensiones de conocimiento de un sujeto: también es independiente de su creencia o disposición a asentir o actuar. El conocimiento en sentido objetivo es conocimiento sin conceder: es un conocimiento sin sujeto cognoscente.” (Popper, 1972, p.108)

Los positivistas lógicos por su parte también pretendieron liberarse de la herencia de la teoría del conocimiento tradicional y sobre todo de lo referido a la “capacidad humana de conocimiento” (Ayer, 1975, pp.61) identificaron el objeto de la epistemología no en la validez y límites del conocimiento humano sino en las reglas formales del lenguaje de la ciencia.

Estas concepciones de las reconocidas escuelas de la filosofía de la ciencia, positivismo lógico y racionalismo crítico, han tenido profundas consecuencias en la concepción de los conocimientos teóricos ya sean estos sociales, naturales, técnicos o ingenieriles. La ideología científicista que subyace en estas propuestas suprimió del esquema comprensivo de la realidad producido por la ciencia, el contenido que configura al hombre como sujeto del conocimiento. Los modelos teóricos asumidos, los métodos, las metodologías y los principios fundamentales se establecieron desde posturas objetivistas, de la naturaleza antes mencionada, y la cultura, las creencias, los valores, y la subjetividad formaron parte de campos, tradiciones y saberes concebidos como pseudocientíficos o

sin valor demostrativo, o verificativo.

Esa construcción, es un modelo, es un ideal que no solo se produce, sino se consume, se apropia, circula y se expresa en sus productos: el conocimiento mismo de la sociedad contemporánea. De ahí que el conocimiento sobre la energía nuclear puede devenir en un actor destructor de vidas, sistemas ecológicos y culturas enteras. El conocimiento de un virus servirá para salvar vidas a través de la creación de vacunas o para la propagación de enfermedades, dependerá de su uso, de la intención que lo acompaña, de la ideología que lo sustenta, etc.

Ahora bien, ¿por qué el ideal objetivista se funda pretendiendo la muerte de la teoría tradicional de los conocimientos? ¿Acaso los filósofos modernos no habían contribuido a la formación también de un arquetipo de saber? Ellos también se habían interesado por los conocimientos científicos y pudieron advertir en su tiempo el fin práctico y utilitario de los mismos, pero aun así la filosofía de la ciencia originaria no se sirve de todos sus aportes. Eso es así porque los estudios filosóficos sobre el conocimiento no solo tenían presente al sujeto del conocimiento, sino que de una u otra manera advirtieron la capacidad creativa de la mente humana y dilucidaron los componentes racionales, empíricos y sensitivos que acompañaban el proceso de producción de los conocimientos. Veamos algunos ejemplos que permiten sostener estas ideas:

Rene Descartes, por ejemplo, ante la pregunta, "¿cómo tener la certeza de que lo que creemos sea auténtico?", respondió: "el problema no se centra en si la verdad exista o no, sino es reconocerla y no por medio de un influyente. Es buscar la certeza a partir de nuestro desarrollo", actitud genuinamente filosófica. "No, basta la autoridad, no basta con la tradición, hace falta que a partir de mi propio pensamiento yo llegue a descubrir la certeza" (Savater, 2008, pp.73). Y su camino de realización será el método, donde se mantendrá la duda, duda que desarrollará nuestras capacidades intelectuales.

Naciendo el pensamiento moderno se trabaja toda la actividad mental del ser humano: la duda, la vacilación, la certeza, sentimientos como la alegría y el reconocimiento. La formación de la vida, espiritual e intelectual. Es de admitir que la realidad no es en ocasiones la que suponemos y que parte de mis sensaciones y raciocinios. Descartes fue el artífice de convertir la subjetividad humana en el baremo de lo que es real y no. Esa comprensión que tenemos de nuestro movimiento espiritual y sus dudas, además, de la búsqueda de la verdad que es la que establecerá lo que es verdadero o no. Su valiente adquisición ayuda a desarrollar nuestro pensamiento crítico.

Para Leibniz, el proceso de conocimiento racional proviene de las verdades innatas, es decir, de aquellos principios que pueden ser derivados de la mente a partir de ella misma. Se opone a la idea de que la mente está en blanco, y que solo se llena partiendo de la experiencia. Para Leibniz, el espíritu humano contiene ideas innatas necesarias, eternas (como las de la Aritmética y la Geometría), principios innatos, ontológicos (como, precisamente, los principios de contradicción y razón suficiente).

Muchas de las propuestas de Leibniz que históricamente quedaron olvidadas, aparecen en el momento de crisis de la modernidad, como fuente de inspiración. Esencialmente, Leibniz afirma que ningún ser humano puede realmente pensar en un mejor universo porque carece de una comprensión holística del universo, y Dios, que tiene esa comprensión holística, ya ha elegido la mejor opción.

Leibniz reconoce que, aunque estirar del hilo de las nociones nos pueda servir para conocer la verdad, a la práctica esto es imposible, porque nuestra racionalidad no es lo suficientemente potente como para trabajar con una cantidad tan masiva de información. Sin embargo, esto no significa que cada elemento del universo no contenga piezas de la verdad. De hecho, para Leibniz, el universo está compuesto por unidades llamadas mónadas, que son entidades metafísicas que contienen representaciones de todo lo que existe. Aunque han pasado más de 300 años desde su muerte, sus

ideas pueden servir aún hoy para entender de manera aproximada e intuitiva cómo experimentamos la realidad.

Otro pensador moderno que aporta a este análisis es Francis Bacon. Reconocido como el fundador de la corriente empirista, Bacon propone un nuevo método científico, donde el entendimiento y la experiencia sensible se encuentran imbricados, se equilibran con orden y disciplina, para llevar a síntesis teoría y práctica, originando el método inductivo. Su aporte se manifiesta desde una lógica del método científico-técnico, la cual se posiciona contraria a la lógica aristotélica.

La nueva propuesta de Bacon contiene la forma de proceder para la conquista del hombre sobre la naturaleza, para estudiarla y conocer su esencia, aplicando los descubrimientos a la solución de las necesidades humanas. Propone el experimento como la herramienta de la mente humana para penetrar en la naturaleza y para llevar a término la unidad entre mente y naturaleza; la cual hay que conocer en su totalidad y profundidad para poder conquistarla. La interpretación de la naturaleza requiere el uso de un nuevo método que permita recorrer un camino progresivo desde la forma de los elementos particulares a los axiomas. La inducción entonces permitirá que los resultados de los experimentos sean enumerados, agrupados y organizados en diversas tablas destinadas, cada una, a fines específicos. Estos resultados permiten elaborar una hipótesis, la cual será puesta a prueba en sucesivos experimentos. Mediante este método se podrá llegar a la esencia de los fenómenos naturales, a lo que Bacon, denomina Forma, ley que dictamina el modo en que se comportan los fenómenos. El aporte de Bacon va dirigido a disolver lo que el filósofo denomina ídolos, estos pueden ser entendidos como errores que se arraigan al entendimiento humano.

Hume, por su parte, aparece en medio de una contienda entre racionalistas y empiristas, en la dicotomía que engloba a la naturaleza del conocimiento. Es este gran filósofo empirista quien propicia el más duro golpe a los racionalistas de la época con los argumentos presentados en su Tratado de la Naturaleza Humana. Cuando la razón descubre que aquellas verdades que se piensan como objetivas, fundadas en la misma naturaleza de las cosas son, en cambio, subjetivas e impuestas al hombre únicamente por el instinto y por el hábito, surge un inevitable contraste entre razón e instinto.

Para David Hume, la naturaleza humana más que razón, es fundamentalmente sentimiento e instinto; esto deviene en un empirismo que reduce el mundo humano al hombre mismo en su subjetividad empírica, es decir, no existen ideas o pensamientos de los cuales no se haya tenido previamente alguna impresión. Sobre esto, Hume nos dice que las impresiones constituyen el dato último del hombre, el límite contra el cual él tropieza. Dichas impresiones no admiten comprobación ni explicación, simplemente están allí. Esto implica, evidentemente, una limitante para el hombre ya que no dará nunca un paso más allá de sí mismo, pues, no poseerá nunca otra realidad que la de sus impresiones. En resumidas cuentas, todo lo que podemos saber por medio de la experiencia es, que de causas que se nos muestran como semejantes, esperamos efectos semejantes; en otras palabras, nuestro conocimiento proviene, en gran medida, del hábito y del instinto.

Immanuel Kant ante la pregunta: ¿Qué y cuánto puede conocer el entendimiento y la razón, independiente de toda experiencia? se sumergió en un filosofar cognoscente, por decirlo de alguna manera, semejante al establecido por Michel de Montaigne cuando se preguntó: ¿Qué se yo? A diferencia del filósofo francés, Kant con rigor auténtico, sin precedentes, llegó a las profundidades del conocimiento, aportando las herramientas necesarias para un correcto conocimiento del conocimiento de las cosas.

Entre las herramientas aportadas por Kant está la crítica. La crítica sería la encargada de legitimar el cometido que lleva a cabo la razón; para ello es necesario llevarla por el camino acertado a través de lo que denomina el tribunal de la “Crítica de la razón pura”. La crítica valora el accionar de la

razón en búsqueda de su renovación metafísica en aras de la integración de las partes de la razón en sí misma. La filosofía crítica retrocede hacia los inicios que teníamos concebidos de los conocimientos, llega a su origen y los trasciende, de este modo se concientiza el saber.

En el primer texto de la Introducción de la Crítica de la razón pura, Kant resalta una apodíctica sentencia, todo nuestro conocimiento comienza con la experiencia, no por eso origínesse todo él en la experiencia. El conocimiento es la composición entre la sensibilidad de las intuiciones y el entendimiento. Existe correspondencia intrínseca, se correlacionan sensibilidad y entendimiento, pues no valdría de nada la existencia de una si no se presenta la otra, ni una está supeditada a la otra o es superior. Sensibilidad intuye y entendimiento piensa.

El proceso de aprehensión de conocimientos que Kant elabora es muy detallado, intenta avanzar sin dejar cabos sueltos, con el objetivo final de fundamentar la metafísica como ciencia. A pesar de la complejidad de cada proceso, hay uno que denota la mayor sorpresa para los lectores de Kant, los límites de la razón, determinar lo que se puede y no se puede conocer según nuestras capacidades humanas, fue un paso arriesgado y necesario que dio Kant.

La cosa en sí y los límites de nuestro conocimiento no se quedaron en Kant, todo el idealismo alemán, en especial Fichte, Shelling y Hegel, parten de una crítica a Kant, señalando sus virtudes y defectos, pero, en definitiva, partiendo de él.

Como genio conciliador de las concepciones profesadas por el empirismo y el racionalismo, Kant, sobrepasó las barreras heredadas por los filósofos de la modernidad y dio lugar a una remodelación: fundamentar el pensamiento científico demostrando cómo funciona la razón humana y su expresión a través del giro copernicano donde en lugar de partir del objeto el punto de partida es el sujeto. El sujeto cognoscente requiere que algo se le presente en la experiencia. Kant se remite al sujeto, quien dará forma al objeto. Al sujeto se le presentan situaciones a través de la experiencia, conoce al objeto y conociéndolo le dará forma. Será el sujeto quien aporte el sentido y el conocimiento al objeto.

El conocimiento no deberá venir de afuera hacia adentro, sino a la inversa, porque somos nosotros quienes le damos fundamento a los objetos, y las relaciones con lo externo deberá ser el giro copernicano, la revolución necesaria que le otorgó Kant a la metafísica, invirtiendo su objeto de estudio, analizando que el modo de proceder hasta el momento no llevaba más que a sin sentidas querellas sobre el conocimiento de Dios, del Alma y del Ser. “Copérnico descubrió primero el verdadero punto de vista desde el cual la astronomía debía estudiar el movimiento de los cuerpos celestes: Kant a su vez descubrió primero, el verdadero punto de vista para los fenómenos y las cosas. Ambos hallaron el principio de explicación de los fenómenos en las condiciones de la naturaleza humana.” (Kuno, 1883, p.12)

Los retos epistemológicos de los que advertimos a esta sociedad de nuevo tipo, parten de una concepción culturoológica de la epistemología. La teoría del conocimiento que emergió como producto de las propuestas de los pensadores modernos, anteriormente examinados, permitió establecer una concepción general del conocimiento donde el sujeto del conocimiento y sus múltiples formas de apropiación de la realidad se develan. El papel de la mente, la intuición, la experiencia, el entendimiento, las emociones, los valores, entre otros componentes, se evidenciaron en una u otra postura. La síntesis kantiana dio centralidad al conocer en sí mismo al ubicar el fundamento del conocimiento no en el objeto sino en el sujeto que conoce.

El giro operado por las epistemologías del positivismo lógico y el racionalismo crítico anuló parte importante de esta herencia, pues, aunque son herederos de sus concepciones metodológicas, la comprensión del conocimiento como proceso de apropiación humana de la realidad y la vida, como actividad humana, no fue incorporada a sus concepciones epistemológicas, de esta manera erigieron un ideal de conocimiento objetivo y deshistorizado. Esta epistemología se afianzó, además, sobre

otro ideal, el de progreso y desarrollo científico tecnológico, que impulsó a la ciencia hacia la búsqueda de certezas, validez e infalibilidad, propias de un conocimiento que necesita proveer información sobre la naturaleza y la realidad y métodos certeros para transformarla.

Ese es el fundamento de la concepción epistemológica que sostiene la “sociedad del conocimiento”. El conocimiento que consumimos hoy se elabora en laboratorios humanos que los producen, los comunican, lo legitiman, aplican y finalmente estos se consumen como una mercancía más, en la mayoría de los casos, vaciada de su esencia humana y cultural.

Retos epistemológicos de la “sociedad del conocimiento.

Algunos de los retos se encuentran en la formación de amplias capacidades que permitan la asimilación y producción de los conocimientos. Estas capacidades se encuentran centradas, en “la sociedad del conocimiento” en el estrecho contexto del ámbito de desarrollo académico o de especialización a desempeñarse. Las preocupaciones relacionadas con el riesgo al impacto de estos conocimientos en la naturaleza, el medio ambiente, la vida o la comunidad no se encuentran presentes en estos procesos de formación, tampoco el ejercicio de autorreflexión crítica que debe ser formado de manera que el experto adquiera la capacidad de ser responsable de los conocimientos que produce.

Antoni Brey en su artículo “La sociedad de la ignorancia. Una reflexión sobre la relación del individuo con el conocimiento en un mundo hiperconectado” abunda en esta idea cuando señala que:

“Los expertos, encerrados en sus torres de marfil, apenas logran vislumbrar las consecuencias de sus acciones colectivas, y aún en el caso de que así fuese, no dispondrían de capacidad de incidencia sobre los responsables políticos, y mucho menos, sobre la masa. La ignorancia consustancial de los tiempos exponenciales nos aboca a una ceguera generalizada, de consecuencias imprevisibles, que nos impide identificar y asumir la porción de responsabilidad que recae sobre cada uno de nosotros. (Brey, 2009, p.32)

Tedesco por otra parte, sostiene que el optimismo inicial de estos enfoques ha sido remplazada atendiendo a sus efectos sociales y culturales, “La hipótesis más general sobre la cual se apoyan éstas revisiones consiste en sostener que una sociedad y una economía basadas en el uso intensivo de los conocimientos producen simultáneamente fenómenos de más desigualdad, de mayor homogeneidad y de mayor diferenciación” (Tedesco, 2000, p. 15). Es por ello que la socialización equitativa de los conocimientos y de los medios tecnológicos para acceder a estos deviene un reto para estas “sociedades” porque “no se ha producido una socialización efectiva del conocimiento y ello impide que caminemos hacia la sociedad del pensamiento, tal como deberíamos hacer”. (Carbonell, 2009, p.1)

El papel que desempeña el ser humano en este entramado tecnológico es contradictorio, pues, aunque es el propio humano el generador de los medios, capacidades y formas de ampliación y de organización de estos procesos, en el momento de su apropiación, este mismo hombre, se vuelve objeto de disímiles procesos comunicacionales e informáticos, perdiendo su protagonismo y la capacidad crítica para depurar y sintetizar el cúmulo de información que se le avalancha continuamente. Aun cuando se trate de un profesional o de un experto, esta “sociedad” tiende a maximizar el individualismo y degrada cada vez más la esfera de actuación de las colectividades, limitando cada vez más las capacidades cognitivas humanas que intenta potenciar. “Las nuevas formas de comunicación nos permiten ser más eficientes en el dominio de la naturaleza, pero como individuos nos están convirtiendo en seres cada vez más ignorantes y más encerrados en las pequeñas esferas que surgen como resultado de las nuevas fuerzas disgregadoras que afectan a toda la sociedad. (Brey 2009, p.34)

El conocimiento ha apuntado, como concepción, desde la Grecia antigua, a la capacidad humana

de apropiarse del medio o realidad con la que interactúa y reproducir, reflejar, recrear, expresar, en fin, producir un sistema de ideas o creencias entorno a esa realidad. El conocimiento ha apuntado a la actividad humana, al ejercicio práctico de la vida, a la compleja gama de representaciones que solo el hombre puede fundar para repensar el objeto de la representación para imprimirle sueños y deseos, para imaginarlo en un mundo mejor. El conocimiento ha sido y es en su esencia humano. Pero a lo que asistimos hoy es al hecho de que, aunque el hombre, y esto es cuestionable si se quiere, es el único productor de conocimientos, desde el punto de vista antes señalado, no es el único productor de información, no es el único modelador y sintetizador de datos, no es el único que transmite ideas y organiza sistemas o los describe. “Se está produciendo así la paradoja de que la sociedad del conocimiento ha acabado con la autoridad del conocimiento. El saber se pluraliza y descentraliza” (Innerarity,2009, pp.42). Por otra parte, como ha apuntado Brey:

“Tal vez deberíamos detenernos a pensar si mientras seguimos creyendo que avanzamos por la senda del humanismo hacia una Sociedad del Conocimiento no nos estamos encaminando, en realidad, hacia una Sociedad de la Ignorancia que plantea, en última instancia, una disolución del individuo y el fin de la parte más singular del sueño occidental. (Brey 2009, p.37).

Habría que agregar a este análisis el reto que representa concebir los contextos de implementación de estos desarrollos, atendiendo a las grandes desigualdades que generan en el actual orden económico y político mundial. Es por ello que:

“Como modelo, finalmente, la idea de una “sociedad del conocimiento”, muchas veces amenaza a deslizarse hacia la sustitución del fenómeno que busca designar. Una sociedad imaginada, regida por la lógica de la producción y acumulación del conocimiento, pasa a sustituir en los análisis, a sociedades con problemas y realidades concretos muy diversos, y en la mayoría de los casos, a sociedades privadas de los beneficios a los que la supuesta sociedad del conocimiento debería franquear el acceso. (Marrero, 2003, p. 76)

El destacado pensador Edgar Morin refiriéndose a la mundialización y a la globalización económica y tecnológica a la que asiste el planeta expresa:

“El desarrollo ignora lo que no es ni calculable ni mensurable, es decir, la vida, el sufrimiento, la alegría, el amor, y su única medida de satisfacción radica en el crecimiento (de la producción, de la productividad, de la renta monetaria). Concebido únicamente en términos cuantitativos, ignora las cualidades, las cualidades de la existencia, las cualidades de solidaridad, las cualidades del medio, la calidad de la vida, las riquezas humanas no calculables y no crematísticos; ignora la donación, la magnanimidad, el honor, la conciencia. Su proceder barre los tesoros culturales y los conocimientos de las civilizaciones arcaicas y tradicionales; el concepto ciego y tosco de subdesarrollo desintegra el arte de vivir y la sabiduría de culturas milenarias”. (Morin, 2004, p.6)

La “sociedad del conocimiento” genera varios desafíos entre los que se encuentra el epistemológico pues pareciera que, al emerger los conocimientos, éstos lo hacen de forma abstracta, pierden su naturaleza y se constituyen al margen de la actividad humana. Pierden su culturalidad y el fundamento de su emergencia para convertirse en reguladores y normadores autónomos del entramado que los encumbró. De esta forma operan en pos de sus fines utilitarios y prácticos.

Los efectos de estos procesos en la vida humana son significativos. Emergen hoy problemas de índole social y ambiental como el calentamiento global, el cambio climático, el hambre, el acrecentamiento de las desigualdades y las luchas de las minorías contra la exclusión, la marginalización y el empobrecimiento de la diversidad espiritual humana que emergen consolidando nuevas formas de pensar la política, la cultura y la sociedad. Aparecen, además, enfermedades reemergentes, problemas asociados a la vida y a la supervivencia. Todo ello en medio de una sociedad cada vez más tecnologizada y con desarrollos científicos y comunicacionales sorprendentes. Las ciencias de la cognición avanzan a un ritmo sin precedentes; la inteligencia

artificial, la robótica, las neurociencias dan fe de ello. Los conflictos derivados de la apropiación privada del conocimiento, y sus efectos en la reproducción de la desigualdad social son constatables.

La incertidumbre hoy entre desarrollo científico y tecnológico y problemas emergentes tiene un componente epistemológico fundamental. El hecho que tengamos tanto desarrollo aparejado a tantas desigualdades y problemas por resolver está relacionado, entre otros factores de índole político y económico, a la concepción epistémica que sostiene dicho desarrollo. Se trata de una concepción que sostiene un tipo de conocimiento “único” que se pretende potenciar (desde la educación) como concepción necesaria y garante del progreso económico y social, pero vaciada de contenido cultural.

La cultura de un pueblo, comunidades, grupos, naciones, etc., representa sus valores, su idiosincrasia, sus hábitos y costumbres, lo que son como gente. A la vez estas expresiones aparecen conexas con otras que se concretan en la vida económica, política, comunicacional, social, etc. y en todas ellas está presente el medio ambiente ampliando la dimensión de la comprensión de lo cultural. No es posible entonces asumir una concepción epistemológica alejada del contexto en que se pone en práctica, asumiendo de manera transferida conceptos y modos de hacer que distan en ocasiones de las realidades en que se implementan y que por otra parte tienden a suprimir aspectos esenciales de la vida.

Ante los retos mencionados, ¿podremos advertir alguna alternativa a este modelo de sociedad? Las repuestas a esta pregunta de dos especialistas en estos temas abren rutas de reflexión para seguir pensando la “sociedad del conocimiento”. Antoni Brey responde lo siguiente:

“La Sociedad del Conocimiento no es más que una nueva etapa de un sistema capitalista de libre mercado que aspira a poder seguir creciendo gracias a la incorporación de un cuarto factor de producción, el conocimiento, al clásico tríptico formado por la tierra, el trabajo y el capital. Desde la concepción democrático liberal en que nos encontramos inmersos, no alcanzamos a vislumbrar alternativas consistentes a la Sociedad del Conocimiento”. (Brey, 2009, p.19)

Otra opinión la expresa Jorge Núñez Jover: “...la alternativa a la visión tradicional y estandarizada de los conocimientos está en una concepción de los conocimientos como parte del tejido social, concebido desde una construcción alternativa emancipadora de las lógicas del capitalismo” (Núñez, 2021, p. 1). Núñez entiende que lejos de negar la importancia que adquieren los conocimientos en el contexto actual y desconocer la existencia del desarrollo de “sociedades del conocimiento” de lo que se trata es de crear alternativas acordes a nuestras realidades. Situado en el contexto cubano explica como el país ha logrado, desde su proyecto social, proveer desarrollos biotecnológicos considerables, aunando para ello el desarrollo tecnológico y científico de ciencias como la biología, la física, la química, las ciencias médicas, la ingeniería genética, entre otras, lo que ha permitido dinamizar estructuras económicas para su desarrollo contando con la voluntad política del gobierno cubano para potenciar estos desarrollos como fue demostrado con el enfrentamiento a la Covid-19.

El uso de las tecnologías de la información y la comunicación han permitido esas potenciaciones y el modelo de la educación superior cubana que contempla en sus fundamentos la formación de profesionales desde un enfoque humanista, con independencia de su especialidad, y de responsabilidad social e individual para con la naturaleza y la vida en sentido general, ha permitido el desarrollo de profesionales capaces de responder a las necesidades sociales de nuestra sociedad. De ahí que Núñez Jover concluya, dado el caso de Cuba que:

“Una sociedad socialista del conocimiento es aquella donde el conocimiento sea puesto en función del desarrollo económico, social, cultural y ambiental, donde el conocimiento está en función de las mayorías, está en función de la solución de los grandes problemas nacionales, de la soberanía nacional, de la defensa del patrimonio nacional”. (Núñez, 2021, p. 1)

Estas son ideas que más allá de las distancias contextuales permiten continuar reflexionando. Una

deducción posible es de enunciar posibles aportes de la Filosofía que permitan configurar una concepción epistemológica alternativa a la tradicional y a la que impera en la mayoría de las sociedades que han adoptado el modelo de “sociedad del conocimiento”. En ese sentido la Filosofía podrá:

- Proveer las herramientas teóricas y metodológicas para la comprensión cultural de la epistemología de manera que sea concebida como el estudio general del proceso de producción de los conocimientos.

- Asumir una concepción compleja de los conocimientos que permita superar la concepción estándar asumida en la que los únicos valores gnoseológicos son los que se les atribuye a la verdad y a la objetividad. Esta concepción compleja deberá contribuir además a superar la idea de que el único conocimiento fidedigno es el científico (y sobre todo el que pertenece a un determinado campo comprensivo) y que las tradiciones, los saberes ancestrales, empíricos, o las ideologías no tienen validez como formas generadoras de conocimientos.

- Proveer a través de la educación científica y la comunicación los soportes teóricos para una comprensión holista de la realidad que supere las concepciones reduccionistas que fomenta estancos y áreas separadas del saber y que contribuya al mejoramiento de la condición humana y la preservación de la vida en el planeta.

- Propiciar el soporte teórico e instructivo que le permita al sujeto productor de los conocimientos (científico, técnico, médico, profesional) tener una actitud autoreflexiva hacia el uso posible y posterior de los conocimientos que produce.

- Contribuir a la generación de formas flexibles de organización de los conocimientos que permitan la disolución de formas burocráticas de gestión de los mismos.

- Asumir los aportes de la epistemología contemporánea que se expresa a través de campos tan significativos como la epistemología de segundo orden, la bioética, el holismo ambiental, el pensamiento complejo, entre otros aportes que contribuyan a adoptar una concepción humanista, creativa, dinámica, cultural, etc, de los conocimientos y sus productos.

#### Conclusiones

El conocimiento es un producto social y cultural. Los conocimientos serán beneficiosos en la medida que cubran las necesidades elementales de la vida de los hombres en el planeta, en la medida en que estén en correspondencia con el contexto en que emergen, en la medida en que todos tengamos acceso a los mismos, en la medida en que estos conocimientos no nos hagan ignorantes y desconocedores de nuestra propia esencia, lo humano. Impedir los desarrollos que se avecinan sobre nuestras sociedades no es posible, pero debemos estar preparados para ellos y permitirnos que estos desarrollos, que por sus características se globalizan por doquier, sirvan para contribuir al progreso y bienestar de nuestras sociedades en vías de desarrollo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Abbagnano, N. (1971) Historia de la filosofía. Tomo II. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Avalos, M.C. (2013) “La sociedad del conocimiento”. San Luis Potosí, México. Recuperado de: <http://w.w.w.static1.squarespace.com>

Bacon, F. (2002). Novum Organum. Barcelona: Ediciones Folio.

Bell, D. (1976) El advenimiento de la sociedad post-industrial. Madrid: Alianza Universidad.

Brey, A., Innerarity, D., Mayos, G. (2009) La sociedad de la ignorancia y otros ensayos. Barcelona: Infonomía.

Carbonell, E. (2009) “Prólogo al libro”. La sociedad de la ignorancia y otros ensayos. Barcelona: Infonomia.

Copleston, F. (1959) Historia de la filosofía Vol. V. De Hobbes a Hume. Recuperado de: <http://www.lectulandia.com>

David, P. A., y Foray, D. (2002). “Una introducción a la economía y a la sociedad del saber”. Revista internacional de ciencias sociales, pp. 7-28. Recuperado de: [www.docplayer.es](http://www.docplayer.es)

Durant, W. (1994) Historia de la filosofía. México: Editorial Diana.

Kuno, F. (1883) Historia de los orígenes de la filosofía crítica. Madrid: Editorial Gaspar  
Leibniz, G. (1714) Monadología. Francia. Recuperado de: <http://www.philosophia.cl/monadologia>

Leibniz, G. Teodicea: ensayos sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal. España: Ediciones Sígueme.

Marrero, A. (2007) “La sociedad del conocimiento: una revisión teórica de un modelo de desarrollo posible para américa latina”. Revista Axius (17). Universidad de la República de Uruguay, pp. 63-77.

Morin, E. (2004) “¿Sociedad mundo, o imperio mundo? Más allá de la globalización y el desarrollo”. Gazeta de Antropología (19-01), pp.1-14. París. Recuperado de: [http://www.urg.es/~pwlac/G19\\_01Edgar\\_Morin.htm/](http://www.urg.es/~pwlac/G19_01Edgar_Morin.htm/)

Núñez, J. (2021) “La alternativa es la sociedad socialista del conocimiento”, entrevista publicada en [www.cubadebate.cu](http://www.cubadebate.cu) 15 de enero de 2021.

Pedraja, L., E., et Rodríguez, J. (2006) “Sociedad del conocimiento y dirección estratégica: una propuesta integradora”. Interciencia, 31(8), pp. 570-576. Asociación Interciencia, Caracas, Venezuela.

Savater, F. (2008) La aventura de pensar, pp. 73-82. Edición Sudamérica.

Severino, E. (1986) La filosofía moderna, pp. 143-149. Ediciones Ariel S.A

Tedesco, J.C (2000). Educar en la sociedad del conocimiento. México: Fondo de Cultura Económica.